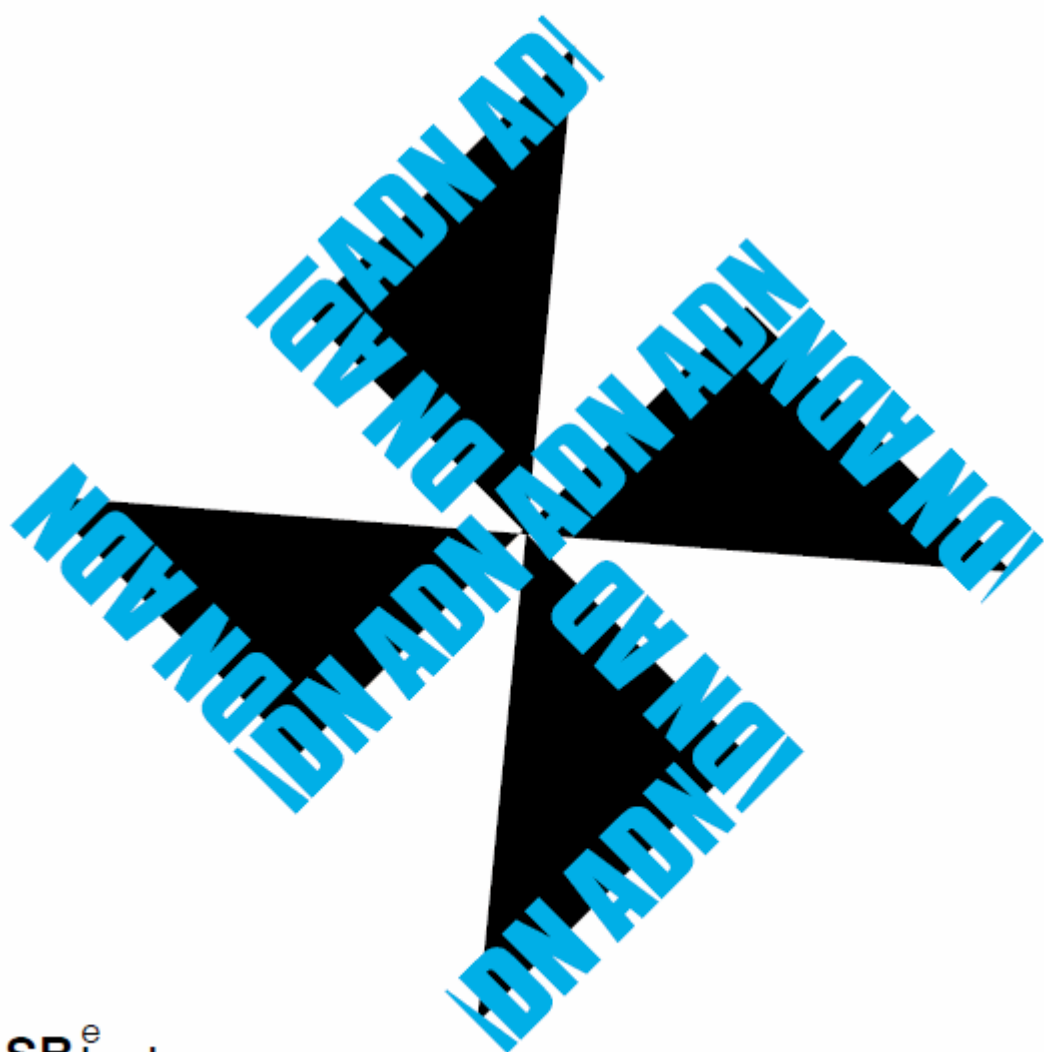


La puerta del cielo

JOAN CALAFELL



SB^ebooks
&

Prólogo

Mayo de 1941. Berlín

El soldado entregó un paquete envuelto en seda azul a un oficial de alta graduación. Este, cuyo rostro no mostraba ningún signo de emoción, lo cogió y retiró la tela con suavidad. Un pequeño diario, de piel negra y páginas amarillentas, apareció bajo ella. En voz alta leyó el título, grabado en letras doradas: “Diario de Francesco Buoneri. Cecco da Caravaggio”. Una pequeña sonrisa se perfiló en sus labios.

—De manera que ese tal “Cecco” era el amante de Caravaggio...

—Página 47, herr coronel.

El coronel buscó la página y leyó:

“Esa noche el maestro no durmió bien. En un ataque de ira, había destruido el cuadro que tenía que entregar a su cliente, Giovanni Batista de Lazzari, y por el que le había prometido la no modesta cantidad de mil escudos. Arrepentido y empujado por las deudas, el maestro Caravaggio decidió volver a pintarlo. No me costó mucho reunir de nuevo a los modelos, casi todos sacados de la calle, de los barrios bajos, de donde en más de una ocasión había ido a buscar a mujeres —prostitutas—, que luego posaban como si fuesen la Virgen María o alguna santa. El más difícil fue el cuerpo del fallecido. El que habíamos usado, un cadáver sacado de la morgue y por el que pagué una considerable suma, tuvo que ser arrojado al mar tras empezar a descomponerse. El maestro necesitaba una persona entre la vida y la muerte. Necesitaba a alguien que acabase de morir o estuviese a punto de hacerlo. Pedí a un amigo del Hospital de la Cruz que me facilitase el cuerpo de algún muerto, de alguien sin familia que nadie echase de menos. Ante su rotunda negativa, tuve que confesar al maestro mi fracaso. Entonces, él, suspirando, en un gesto casi de dolor, me alargó un sobre con un nombre y una nota en

su interior y me dijo: “Ve a la Iglesia de San Juan de los Eremitas y entrega esta carta al abad”. Así lo hice, y varios días después regresé a Messina con un hombre, poco hablador, de rostro pálido y profundas ojeras, que posó para el maestro y al que nunca más volví a ver. El cuadro se entregó a tiempo, a finales del 1609”.

El coronel se guardó el diario y se dirigió a su secretaria.

—Póngame con el Führer de inmediato. Y avise a Krauss.

Giornale di Sicilia. 23 de julio de 1941

“El famoso cuadro de Caravaggio, titulado La resurrección de Lázaro, ha sido robado del museo regional de Messina. Las pocas medidas de seguridad y el mal estado de las puertas y ventanas, han facilitado el robo, que se ha realizado sin daño alguno al resto de las obras expuestas en el museo. La policía está investigando la desaparición y por el momento no se tiene ninguna pista».

Junio 1942. Despacho de Hitler. Berlín

El doctor Heinrich Krauss entró con decisión. Tras él, dos soldados arrastraban a un prisionero.

—Es él, mi Führer —afirmó el doctor señalando al prisionero, cuya mirada se perdía en los azulejos blancos y negros del impoluto suelo.

Hitler se acercó con lentitud, cogió la barbilla del prisionero y la levantó. Sus ojos se encontraron durante unos instantes. El Führer volvió la cabeza, miró un cuadro situado tras la mesa principal del despacho y de nuevo centró su mirada en el prisionero. Asintió tímidamente con la cabeza.

—Adelante. Consigan lo que quiero.

El doctor y los dos soldados salieron arrastrando al prisionero, cuyos ojos seguían perdidos en el suelo bicolor.

Berlín. Instalaciones militares secretas. Segundo piso bajo tierra

La larga fila de chicas rubias, ojos claros y piel blanca, altas y esbeltas, de entre dieciocho y veintidós años, parecía no tener fin. La enfermera del doctor Krauss salió del despacho y llamó a la primera, que entró moviendo su estrecha cintura.

—*Fräulein* Ulrike Röhm, ¿ha leído bien los términos del contrato que va usted a firmar? —preguntó el doctor, sentado tras su mesa.

La joven asintió con la cabeza.

—¿Entiende que el Führer necesita de sus servicios sin condiciones y que el hijo que nazca pasará a formar parte del Ministerio de Salud?

—Sí. Lo entiendo y lo acepto. Es un gran honor servir a la patria y más al propio Führer. Le agradezco que me haya elegido, *herr doktor*.

—¿Su familia está de acuerdo con los términos del contrato, *fräulein*?

—Claro —afirmó con rotundidad—. De acuerdo, y orgullosos de mi actitud hacia el régimen.

El doctor le extendió un papel y una pluma.

—Entonces, firme aquí.

La chica lo hizo sin tan siquiera leerlo y la enfermera guardó el papel en una carpeta.

El doctor le señaló la puerta y la enfermera acompañó a la chica a la salida, tras lo que dijo:

—La siguiente.

La suave música y la tenue luz de la habitación, junto a la cama con sábanas de raso, no aliviaban la desdicha del prisionero. Vestido con un albornoz azul marino, sentado al borde de la cama, esperaba su destino. Un destino que a cualquier otro hombre le hubiese parecido maravilloso. La puerta del cuarto de baño, entreabierta, mostraba una bañera blanca y una ducha que el hombre había usado hacía poco.

La puerta de la habitación se abrió y el doctor Heinrich Krauss entró, seguido de una chica vestida con una bata de seda rojo brillante, que dejaba ver parte de sus largas piernas adornadas con sensuales medias negras. Los labios rojos, destellantes, contrastaban con su melena rubia. Dos soldados la acompañaban.

—Esta es la primera de las chicas de la que le hablé, amigo mío. Ya sabe lo que esperamos de usted: cumpla con su trabajo y dele muchos hijos a nuestro Führer.

El prisionero negó con la cabeza sin tan siquiera mirar a la chica.

—Si se niega, ella morirá —afirmó impávido el doctor.

—No seréis capaces de... —dijo levantando la vista en dirección al doctor.

Sin dejarle terminar, el doctor cogió una pistola del cinturón del soldado y disparó a la chica, que de inmediato cayó muerta al suelo, con un balazo en el corazón.

El prisionero la miró aterrorizado, mientras la chica soltaba sus últimos estertores.

—Ha sido usted, amigo. No se debe rechazar a una chica como esta; era de buena familia —dijo el doctor mientras hacía un gesto para que se la llevarsen. Uno de los soldados se llevó el cuerpo a rastras y el otro limpió la sangre del suelo.

Minutos más tarde el doctor Heinrich Krauss abrió de nuevo la puerta y entró con otra chica, el mismo atuendo, similares curvas.

—¿Tal vez esta sí sea de su gusto, amigo? ¿O acabará como la anterior? —Le acarició el pelo rubio, ondulado, y colocó la punta de la pistola en la sien de la chica, que no parecía alterarse lo más mínimo.

El prisionero se levantó, miró al doctor y murmuró:

—De acuerdo, tendrá lo que me pide, *herr doktor*, pero no mate a nadie más, por favor.

El doctor sonrió, satisfecho.

—Cuando finalice quiero un informe completo, *fräulein* —añadió al salir.

Las ropas del prisionero y la chica se deslizaron y sus cuerpos se abrazaron dispuestos a darle un hijo al todopoderoso Führer.

Mientras la joven madre primeriza gritaba de dolor, el doctor Heinrich Krauss asistía al parto en persona. El niño nació sin problemas y el doctor le realizó las primeras exploraciones.

—Todo bien —afirmó mientras anotaba el nombre en una libreta: “Neu 18”.

Una enfermera cogió al niño en sus brazos.

—Marcadlo y llevadlo con el resto —ordenó el doctor.

En la cama, la madre suplicaba con la mirada callada que la dejaran cogerlo unos instantes. Un destello de arrepentimiento se reflejaba en sus lágrimas que, silenciosas, mojaban las sábanas.

—El Führer te lo agradece. Ahora, descansa —dijo el doctor mientras miraba a otra enfermera, que asintió al tiempo que sacaba una jeringa. Acto seguido, pinchó a la madre en el brazo y le inyectó una sustancia amarillenta.

—Necesitamos estar seguros de que el instinto maternal no aflorará, *fräulein*. — Krauss acarició la frente de la muchacha.

La madre se relajó y tras un último y vano intento de ver a su bebé, sus ojos se cerraron sin conocer a su hijo ni su terrible destino. El doctor hizo una nueva anotación en su libreta: “Madre de Neu 18: muerta por complicaciones durante el parto”. Cerró la libreta; su título: “Hijos para Hitler”.

La enfermera, con el niño en brazos, entró en una sala donde otros bebés recién nacidos dormían, lloraban o tomaban su biberón. Un grupo de enfermeras sonrientes, todas ataviadas de blanco, se aprestaban a cuidarlos como si fuesen sus verdaderas madres. Todos ellos llevaban un tatuaje en la parte exterior del tobillo derecho. Un tatuaje que los identificaba a los ojos del doctor y su equipo: la palabra “Neu” y un número consecutivo. Otras cunas vacías esperaban a sus inquilinos, que no tardarían en llegar.

Capítulo 1

Actualidad. Nueva York

Si Andy hubiese sabido que no dormir esa noche supondría la muerte de varias personas, incluida la suya, con toda seguridad se hubiese tomado un somnífero. Pero no lo había hecho y ahora, su cuerpo sin vida, yacía en el suelo junto a otros cuatro cadáveres. Cerca, personal sanitario atendía a otros intoxicados.

Tras discutir con sus vecinos por el volumen de la música, Andy intentó dormir. No quería volver a tomar pastillas; ya había tomado demasiadas desde que su mujer había muerto de cáncer meses atrás. Por eso decidió, a pesar del calor, cerrar las ventanas y los ojos. Fue en vano. La música seguía taladrando sus oídos.

Cuando acudió al trabajo, como conductor de autobús de la línea M10, su compañero Arthur, que acababa el turno de noche en esos momentos, se lo advirtió.

—Haces mala cara, Andy. Deberías ir al médico. ¿No duermes bien?

—Lo que debería hacer es cambiarme de piso, pero con mi sueldo de mierda no puedo pagar más.

Se tomó un café y puso en marcha el autobús.

Durante la primera hora todo fue bien, pero a partir de las ocho de la mañana sus ojos pedían un descanso. Cuando fue consciente de ello ya era tarde. El camión al que sin querer embistió estaba cargado de disolvente. El impacto fue inevitable. La válvula del depósito se rompió y miles de litros de un líquido irritante, parecido a la cera de abeja, salieron de la cuba. Una nube de vapor tóxico cubrió la calle.

—¡Esto es el caos! —dijo David Rose, jefe del turno de mañana del hospital Jefferson, cuando recibió al décimo herido del accidente.

—Box 6 —ordenó la enfermera jefe—. ¡Vamos, vamos, está sin sentido! —Dos paramédicos con chaleco naranja reflectante empujaron la camilla hacia ese lugar, identificado por un cartel blanco con el número 6 en amarillo, rodeado por una cortina de plástico azul celeste.

Tras el accidente con el camión cisterna, la nube de vapor que se extendió por toda la manzana hizo que los pasajeros que consiguieron salir con vida del autobús volcado sufriesen mareos, vómitos, dolor de estómago y muscular, y que algunos de ellos se desmayasen. Diversos transeúntes también necesitaron atención médica urgente.

David Rose examinó al paciente.

—Tensión normal —confirmó la enfermera.

—Análisis de sangre y placas para el brazo derecho —palpó el brazo del paciente—. No parece roto, pero mejor que nos aseguremos. Que siga con el oxígeno. Llámame cuando esté el análisis o recupere el conocimiento.

La enfermera de color, Lori Galver, ya le extraía sangre cuando el doctor David Rose salía del *box* 6. Tras hacerlo, le dio el tubo con la muestra a la auxiliar y miró la hoja de admisión del paciente. Chasqueó la lengua.

—Pam, ¿alguna alergia? No has anotado nada. Ni el nombre del paciente.

—Lo siento. Déjame ver si encuentro su cartera... —La auxiliar rebuscó en los bolsillos del pantalón—. Aquí está su pasaporte. —Lo ojeó—. Se llama... François Lasart.

Del pasaporte cayó un papel doblado que la auxiliar cogió y leyó:

130E 63ST ap 4

—Esto debe ser su dirección, calle 63. —La auxiliar la anotó en la ficha junto al nombre—. No veo que lleve nada que indique alergias a ningún medicamento.

—Mejor. Ahora lleva esta muestra a analizar y después te lo llevas a radiología. Y no te entretengas. Con las nuevas máquinas deberíamos tener la respuesta en pocos minutos.

La auxiliar se fue a la sección de análisis.

—Una muestra más, y urgente, como siempre. —Le dio el tubo al responsable, Robert Brown, que al cogerla la miró a los ojos.

—¿A qué hora sales, Pam? —preguntó él con voz melosa.

—Más tarde que tú, Robert. Yo no tengo máquinas que me hagan el trabajo.

—Mi trabajo consiste en que esas máquinas hagan el suyo, para que tú lleves enseguida los resultados al doctor y él decida el tratamiento lo antes posible. Si veo algo destacable hago un informe adicional al que da la máquina. ¿No te parece interesante?

—Bufff..., qué cansado —suspiró ella.

—Desde que hemos cambiado de proveedor, la verdad es que podemos hacer muchos más análisis por día; pero, como no han puesto a nadie más, tengo el doble de trabajo. Estos cacharros no paran de escupir datos. —Señaló la impresora, que iba sacando resultados sin parar.

—Luego te veo. Estamos a tope con lo del accidente del camión y el autobús.

—¿No estaba prohibido que circularsen camiones con productos tóxicos por el centro de la ciudad?

—Sí, pero al parecer este se coló por el puente George Washington sin que nadie lo detuviese. Cosas que pasan. Tantos controles, cámaras y agentes, y un camión de veinte toneladas se les cuela en sus narices.

La voz chillona de la enfermera Lori Galver sonó al otro lado del cristal de la sala requiriendo a su ayudante.

—Nos vemos. —La auxiliar salió disparada.

Robert Brown introdujo el tubo con la sangre en la analizadora RRC 7000. La dirección del hospital había invertido varios millones de dólares en modernizar todo el departamento de análisis. La RRC, Raymond Russell Company, había competido con otras empresas y había ganado el suculento contrato. Este, y el de casi todos los hospitales del Estado de Nueva York. Sus nuevas máquinas, alta productividad y bajo precio no tenían rival.

Lori Galver y la auxiliar Pam se dirigieron al *box* 6 para llevar al paciente a radiología. Lori descorrió las cortinas.

Para sorpresa de ambas, la cama estaba vacía.

—Pam, ¿dónde has puesto al paciente de este *box*? —Miró a su alrededor buscándolo.

La auxiliar, sorprendida, negó con la cabeza.

—¿Alguien se ha llevado al paciente del *box* 6? —preguntó en voz alta. Otras enfermeras movieron la cabeza para negarlo.

En ese momento apareció el doctor David Rose. Se pasó la mano por su cuidada barba blanca.

—Le estarán haciendo la placa. Llama a radiología y confírmalo.

La enfermera llamó a radiología, donde le confirmaron que en ese momento no había nadie esperando.

—Lo siento, doctor Rose. El paciente ha desaparecido.

—No creo que tuviese nada más que el desmayo por los gases. No puedo perder más tiempo. Firmaré que se ha ido voluntariamente —confirmó el doctor—. Vamos, tenemos trabajo.

La cafetería del personal del hospital Jefferson estaba abarrotada. A esa hora parte del equipo humano hacía cola para un café y una pasta. Una cabeza pugnaba por encontrar a alguien entre los demás.

—¡Pam! —gritó el analista Robert Brown sosteniendo un par de hojas en su mano derecha—. Ella volvió la cabeza, le saludó y le invitó a sentarse a su lado.

Robert se acercó. Su rostro evidenciaba una cierta excitación. Un par de gotas de sudor le caían por la mejilla.

—Pam, necesito contactar con el paciente del análisis de sangre que me has traído hace una hora, uno identificado como F. Lasart.

—¿Ese? ¿Por qué? Se ha ido hace rato.

—¿Sin que nadie viese su análisis? ¿Cómo es posible?

—El hombre se ha largado sin decir nada. Cuando he vuelto después de dejarte la muestra ya no estaba. Suponemos que se ha ido voluntariamente. Ya hemos archivado su ficha. ¿Qué pasa?

—El análisis de sangre da resultados muy extraños. Lo he repetido por si acaso. O se os ha contaminado o le habéis añadido algo o... Espero que no sea una broma tuya, como ese día que le pusisteis orina de mujer a una muestra de orina de un hombre. Cuando le dijeron que estaba embarazado fue de lo más “embarazoso”. Tuve al jefe del servicio detrás de mí durante semanas. Por poco me echan.

—Nada de bromas con la que estamos teniendo hoy. Oye, mi pausa de diez minutos acaba ahora. Luego hablamos. Olvida ese análisis. Ya no hay nadie a quien curar.

Pam se fue y dejó a Robert Brown mirando el resultado del análisis. Levantó la cabeza; su vista se perdió entre el gentío.

—Tal vez esto pueda interesar a Marc...

—Hola, Jeremías. Soy François. Acabo de llegar hace unas horas.

—¿Ya estás aquí? ¿No venías mañana? ¿Cómo se te ocurre venir sin avisar? Quedamos en que te recogería en el aeropuerto, ¿verdad?

—Lo siento. Quería visitar la exposición de arte sumerio del Museo Metropolitano que acaba hoy, pero creo que no podré ir. Lástima. De todas maneras, tengo peores noticias.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Jeremías cambió de tono.

—He tenido un accidente. El autobús en el que viajaba ha volcado y a mí me han llevado inconsciente a un hospital, al Jefferson.

—Pero ya has salido, ¿no? ¿Estás bien?

—Sí, solo tengo un golpe en el brazo que casi no me duele. Lo peor es que me han sacado sangre. Todavía noto el pinchazo.

—¿¡Cómo!?! ¿Estás seguro?

—Tengo un esparadrapo en el brazo y debajo una marca de un pinchazo rodeada de un color morado. No hay duda de que me han sacado sangre.

—*Mon Dieu! C'est pas possible!*

—Lo siento. No he podido impedirlo; al parecer estaba bajo los efectos de un gas y estuve desmayado un buen rato.

—Ve al piso del que te hablé el otro día. No te muevas de allí y no te pongas en peligro. Yo me ocupo de la sangre y de lo que hayan encontrado en ella.

—Oye, si...

—Déjalo. Yo me encargo de todo, como siempre.

—Jeremías, solo te pido que cumplas el juramento de los protectores: evitar toda muerte innecesaria.

—Así será, como siempre. Sin muertes innecesarias.